



ENE. 31 1975

DISCURSOS

pronunciados por el Excmo. Señor Presidente de la República, Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, el 17 de julio de 1951, el primero con motivo de su decisión de no ser postulado candidato presidencial para el período constitucional 1952-1957, y el segundo para agradecer el Collar de la Democracia que le ofreció como tributo de reconocimiento la Juventud Universitaria del País.

Ciudad Trujillo,
República Dominicana.

1951



32531
Digi



DISCURSOS

pronunciados por el Excmo. Señor Presidente de la República, Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, el 17 de julio de 1951, el primero con motivo de su decisión de no ser postulado candidato presidencial para el período constitucional 1952-1957, y el segundo para agradecer el Collar de la Democracia que le ofreció como tributo de reconocimiento la Juventud Universitaria del País.



EDITORA DEL CARIBE, C. POR A.

Ciudad Trujillo,
República Dominicana.

1 9 5 1



GENERALISIMO DR. RAFAEL L. TRUJILLO,
Presidente de la República Dominicana.

BN
20865.42
R426 d
T1930-10

Señores Delegados:

La proximidad de la fecha en que, por disposición constitucional, deberá efectuarse la elección de los funcionarios responsables del entrante período administrativo, al tiempo que justifica la celebración de esta magna asamblea del Partido Dominicano, me coloca en la necesidad de dirigirme a vosotros, señores delegados, y al País entero, para exponeros la directiva que me propongo imprimir a la política del Partido que asume conmigo las labores del gobierno.

Cuando en 1930 me hice cargo por primera vez de la dirección de la cosa pública, el País atravesaba un arduo período de crisis política y social. Las circunstancias no podían presentarse más difíciles y oscuras, y muy escasas eran entonces las posibilidades de una verdadera reintegración de los valores positivos de nuestros sistemas institucionales. Digo más, no se trataba en aquel momento de buscar la reintegración de esos valores, que nunca, a lo largo de toda nuestra historia republicana, habían estado integrados en ninguna función de Estado, sino que más bien

nos empeñábamos en construir las bases mismas, los primeros cimientos de una estructura social que hasta entonces no había logrado encontrar los elementos de su propia utilidad.

Los materiales de una estructura social firmemente constituida son de tipo económico, de tipo cultural y de tipo político. En 1930 nosotros no contábamos con una economía diferenciada, ni habíamos entrado en las vías de una cultura apta para suplir, por sí misma, las múltiples y urgentes necesidades de la vida nacional; ni mucho menos nos encontrábamos en condiciones de allanar las enormes dificultades de nuestra organización política. No éramos, ni podíamos ser, una entidad nacional definitivamente dirigida al cumplimiento de ningún fin permanente de progreso y civilización. Me resulta doloroso confesarlo, pero nadie podrá negar que estoy diciendo la verdad. |

La economía como base de libertad

En 1930 debíamos lo que no podíamos pagar, producíamos mucho menos de lo necesario para vivir y no acertábamos por ningún medio a crear un sistema de convivencia política que nos permitiera unificar por el orden y la disciplina las bifurcadas fuerzas de la opinión pública en un propósito definido y concreto de superación. Aquello no era, sin embargo, circunstancia transitoria que diera motivo a la esperanza de un próximo reajuste sino estado crónico de desintegración iniciado con el surgimiento de la Repú-

blica y llamado a producir en tiempo más o menos largo, la final caída de todo el cuerpo institucional del País. Nosotros no fuimos, hasta ahora, una congregación libre y soberana sino en la retórica de las proclamas oficiales y en el hueco verbalismo de los discursos callejeros. Libre es un pueblo cuando su economía le permite vivir sin compromisos ominosos, cuando mueve y transforma por sí mismo los recursos de su riqueza natural para emplearlos en su propio provecho y cuando el intercambio de sus ideas y de sus sentimientos con los de otros pueblos libres se produce dentro de una estricta y escrupulosa condición de igualdad y de recíproco respeto.

La República Dominicana representa hoy una colectividad política y socialmente libre no por razones retóricas y verbalistas, sino por el fundamento de su sana economía, por las proyecciones de su cultura, por la total cancelación de todos los compromisos políticos contractuales que mediatizaban y subordinaban la integridad de su independencia, y por el indiscutido espíritu de asociación y de colaboración que priva hoy entre los dominicanos y que ha hecho efectivo y fructífero el principio de autoridad, denominador común de la buena organización política de un pueblo.

No pretendo desconocer, ni nunca he desconocido, las virtudes de mi pueblo ni los antecedentes históricos y tradicionales de su actual estado de progreso. Siempre he hecho méritos del noble e inconfundible espíritu de resistencia del pueblo dominicano, por obra del cual ha logrado sobrevivir al cúmulo de sus

vicisitudes y de sus desgracias. Si yo pudiera gloriarme de algo, no sería de otra cosa que de mi contribución a la tranquilidad, al sosiego y a la felicidad de este másculo grupo de gentes que con tan sañudo empeño y con decisión tan brava ha sabido mantenerse erguido frente al embate de todo cuanto pueda llamarse inquietud, angustia y adversidad.

*Importancia histórica de la política de
rehabilitación nacional*

Para lograr los resultados sociales que ahora están a la vista de propios y de extraños, de amigos y de enemigos, no hubiéramos podido prescindir de las raíces de nuestra formación nacional. Sin los recursos y las enseñanzas del pasado nada podría edificarse en el presente porque, a fin de cuentas, un pueblo no es sino la evolución de su propia experiencia. Para lo que sí hemos tenido ahora necesidad de levantar el ánimo y templar las intenciones es para deshacer el cúmulo de errores y desaciertos con que las clases dirigentes de nuestro país habían entorpecido su destino. Los años pasaban en monótona marcha intrascendente sin que nuestros gobiernos, impotentes y sumisos, pudieran encarar los problemas de la supervivencia. Parecía que tenían la conciencia ensombrecida por el opio de nuestras propias miserias. Vivíamos en suspenso, de espaldas a la realidad y como absorbidos por el marasmo de una irremediable incapacidad colectiva.

Bien conocéis el proceso de la reacción que contra aquellas circunstancias letales hemos emprendido después del 1930. El gran movimiento de rehabilitación nacional en que descansa todo mi programa político puede considerarse como uno de los elementos básicos y fundamentales de la historia dominicana. Los frutos recogidos hasta este momento no me dejan mentir en cuanto a esta afirmación, que deseo incorporar al ideario de mi acción gubernativa. La historia de la República debe dividirse en dos grandes períodos, el que corrió hasta 1930 y el que se inició en aquella fecha. La responsabilidad de esta segunda época histórica pesa casi entera sobre mi vida pública y yo la acepto en toda su plenitud.

En otra ocasión memorable, cuando se reunió recientemente en esta capital la décimotercera Conferencia Sanitaria Panamericana, expuse la síntesis de mi labor administrativa así como la filosofía de mi influencia sobre la reorientación general de la vida dominicana. Considero, pues, ocioso, volver sobre ello. Eso no obstante, algo debo decir ahora que en cierto modo completará mi pensamiento de entonces.

Quien se detenga a estudiar con cuidado el curso de los acontecimientos políticos que han tenido lugar en nuestro país durante los dos últimos decenios, se dará cuenta de que sólo la unidad de acción y el mantenimiento de una misma responsabilidad administrativa han hecho posible el milagro de la recuperación nacional. En un sólo período de gobierno, limitado por las aspiraciones encontradas de los grupos disidentes, no se puede construir lo que por obra del

tiempo y de la energía se ha construido entre nosotros. Costumbre inveterada en el clima político dominicano ha sido la de que el partido del gobierno se dedique sistemáticamente a deshacer la obra administrativa de quienes lo precedieron en el ejercicio del poder. Mantengo la convicción de que la multiplicidad de nuestros problemas y lo extenso del programa que teníamos por delante para resolver los mismos de un modo conveniente y satisfactorio, hacían absolutamente necesaria una más extensa y permanente acción de gobierno, que pudiera escalonar en etapas sucesivas y solidarias el cumplimiento de un firme propósito de progreso y de engrandecimiento.

Liberación y autonomía

Resulta difícil, en efecto, comprender la existencia de un sistema bancario y monetario en Santo Domingo, dependiente totalmente del Estado, y efectivo desde el año 1947, sin tener presente el proceso de la restauración financiera iniciada en 1931 con la Ley de Emergencia y cerrado en el mismo 1947 con la completa cancelación de la deuda externa, activa desde 1869. Ese mismo proceso de saneamiento de la hacienda pública tampoco puede entenderse si no se ponderan debidamente los efectos de una dilatada serie de actitudes gubernamentales, todas interdependientes e inspiradas en un concurrente designio de deliberación y de autonomía. Es lógico que sin aumentar nuestra producción, construir puertos, intensificar el comercio, abrir caminos, ensanchar el presupuesto,

hacer canales de riego, mejorar las condiciones sanitarias del País, construir acueductos, hoteles y escuelas, crear industrias de Estado y otras obras similares, no podríamos contar hoy con una moneda fuerte, ni existieran bancos, ni seríamos, en una palabra, el País libre y respetado que hemos logrado organizar con los esfuerzos de una sola generación.

El pueblo dominicano, aleccionado y entristecido por la experiencia de un pasado tumultuoso y desgarrador, se percató prontamente de que su destino y mi destino se confundían en un mismo propósito de bien y no escatimó su adhesión a los fines de mi política nacionalista. Comprendió intuitivamente los alcances del programa que envolvían aquellos fines y hasta dónde dependían su felicidad y su suerte de la realización cabal de aquel programa, y decidió emprender conmigo la marcha hacia el futuro, que es hoy un presente risueño y colmado de realidades insospechadas cuando nos encontramos, el pueblo y yo, en la encrucijada de ayer. Por eso se comprende que uno tras otro, sin entorpecimiento y sin rozamientos, me hayan favorecido los comicios electorales celebrados después del 1930. Con el voto de la inmensa mayoría de mis conciudadanos he obtenido, en cada período constitucional, la aprobación de la opinión pública del País a mi programa básico de gobierno, que debe considerarse como una sola unidad de tiempo y de acción.

La abrogación del tratado financiero dominicoamericano de 1907 e importancia del sistema de organización

Esto no quiere decir, sin embargo, que sea indispensable mi personal presencia en el Gobierno para que pueda continuarse la ejecución de ese programa. Cuando en 1938 me retiré de la presidencia, para darle paso a otras posibles combinaciones del Partido, me fué posible dedicar mis gestiones, tanto en el País como en el extranjero, a la negociación del convenio que puso feliz término a los vínculos contractuales que desde 1907 restringían y mediatizaban la libre disposición de nuestros fondos públicos y la integridad de nuestra soberanía. Creo sinceramente que sin los personales contactos que entonces tuve con el Presidente Roosevelt y el Secretario Hull, así como con los grandes dirigentes de ciertos centros financieros de los Estados Unidos, no nos hubiera sido hacedera la total abrogación del tratado financiero dominicoamericano del 1907.

Los países viven más de sus sistemas de organización que de la personal influencia de sus hombres representativos. Yo puedo enorgullecerme de haber construído y articulado un sistema político y social capaz de subsistir por la virtualidad de su propia constitución. Al servicio de ese sistema estarán siempre mis intenciones y mis energías cual que sea la posición pública en que me encuentre. No siempre es desde el primer puesto desde donde con más eficacia y utilidad se le puede servir a la Patria. Por otra parte es necesario que la pode-

rosa agrupación política que respalda la acción del régimen gubernativo vigente, ponga en movimiento sus propios resortes selectivos para encarnar en nuevos elementos la responsabilidad inmediata del Gobierno. El Partido está en la obligación de probar sus hombres y de probar, con ellos, la consistencia de la importante función política que le ha tocado desempeñar en nuestra historia contemporánea. Mientras tanto, es justo que los hombres que hemos rendido una labor sustancial frente a las extraordinarias circunstancias políticas en que se han desenvuelto las relaciones de los pueblos en estos últimos tiempos, nos reservemos para el trabajo de la supervigilancia y el resguardo de los más altos y nobles intereses de la República.

La actitud de deber en que se colocará frente al País cuando ya no ejerza la Presidencia de la República

Deseo aclarar y precisar que mi actual disposición no envuelve propósito alguno de abandonar mis deberes ni mis obligaciones frente al País, ni frente al Partido. Convencido estoy de que mis conciudadanos desean que yo permanezca en el ejercicio de la presidencia. A este respecto han sido muy reiteradas las manifestaciones públicas que he recibido, procedentes de todos los sectores de la población: desde las organizaciones de trabajadores hasta las de los estudiantes y los profesionales. El comercio, la banca, la industria, las instituciones de mujeres, todo cuanto significa acción y preeminencia sociales en el País ha

expresado ya solemnemente el deseo de que yo permanezca en la dirección del Gobierno por un nuevo período constitucional. Ese ininterrumpido clamor de la opinión pública me conmueve sobremanera y me liga irrevocablemente al cumplimiento de mis más sagrados compromisos políticos.

Mis compatriotas y mis correligionarios pueden estar bien persuadidos de que mi presencia no faltará en la solución de ningún problema fundamental y de que viviré pendiente de los sucesos para concurrir cuantas veces sean necesarias al palenque en que se debaten los intereses de la comunidad.

Con la celebración de esta Asamblea quedará abierto el período preelectoral hasta el próximo 16 de mayo. Es tiempo, pues, en vista de mi decisión de no aceptar una nueva postulación presidencial, de que escojáis al candidato que postulará el Partido en el próximo período. Al hacer vuestra selección os ruego muy encarecidamente tener presentes los méritos y las personales condiciones de cualesquiera miembros de nuestro grupo que sean acreedores a tan señalada y honrosa distinción.

Señores profesionales y
señores estudiantes
universitarios:

Recibo emocionado este nuevo testimonio de vuestra fe en mi obra de gobierno y de vuestra gratitud a mi persona por los beneficios que de ella habéis recibido y estáis recibiendo, y que me hacéis en este día como fruto de la firme convicción que tenéis de que en el correr de los últimos veintiún años de esfuerzos constructivos se ha realizado en el País intensa labor de progreso y de cultura, la magnitud de la cual responde de elocuente modo a una verdadera política democrática.

Reafirma el optimismo que ha sido en todo momento acicate de mi voluntad, vuestro reconocimiento de que esos esfuerzos han tenido de vuestra parte la cabal comprensión de su necesidad y de su efectividad; que la conciencia cívica nacional ha cobrado perfiles más definidos y acabados, y que las obras, que son el mejor eco de las ideas y de los actos, justifican lo hecho y autorizan la esperanza de grandes realizaciones futuras.

Auténtica labor democrática

Hay algo que me entusiasma en este homenaje, y es el convencimiento que tenéis de que en los últimos cuatro lustros que lleva de iniciada la presente Era de renovación material y cultural del País se ha hecho auténtica labor de democracia. Tanto es así que, mientras más se esfuerzen en desconocerla los enemigos de la verdad, más resaltarán a los ojos de la observación libre y desapasionada la evidencia de realidad tan hermosa.

Satisfacen la conducta de la juventud ya formada en las disciplinas de la alta docencia y galardonada con un título académico y la actitud de la que todavía cursa estudios universitarios y que ofrece su sana colaboración a los empeños constructivos del Gobierno en vez de tomar actitudes subversivas desviadas de su cauce normal de perfeccionamiento, como en determinados países americanos, donde la juventud universitaria alardea de rebeldía guiada por políticos de extrema izquierda que se aprovechan de la impulsividad e inexperiencia de la misma en aras de personales ambiciones sacrificándola en nombre de un falso apostolado cívico y de un hueco verbalismo democrático, o a expensas del comunismo, enemigo de la democracia.

Cuando en 1930 asumí la investidura presidencial, encontré un estado de cosas capaz de desorientar a quien no hubiese tenido clara conciencia de la lucha y de su necesidad vital, ni el lastre necesario para encarar los problemas de esa hora y decidirse a

resolverlos. Gran parte de lo hecho estaba por corregir y faltaba más aún por hacer. Estábais muy pequeños entonces y no podíais compensar el doloroso cuadro, inexpresivo a la superficialidad de vuestra mirada. Era imperioso construir la base económica indispensable para la obra. Por ahí debía comenzar el programa gubernativo y lo encaré confiado en lo que hacía.

La explotación de los recursos naturales del medio en la solución del problema educativo, científico y cultural

Los resultados respondieron a los esfuerzos. Empezó a ser realidad en el País la riqueza privada y pública. Y empezó a haber confianza en una capacidad de dirección con su eje en el estudio de los problemas nacionales. Mi táctica era y sigue siendo la de estudiar primero las necesidades y sus causas para partir del conocimiento de las mismas hacia su atención indispensable. No me dí a la tarea de aceptar como bueno todo lo adoptado en otros países y que suele ser causa de frecuentes errores políticos y administrativos. Cada país da de sí los medios de conjurar sus propios males si se sabe buscarlos con esfuerzos disciplinados y valientes y se tiene voluntad y espíritu de sacrificio. Y yo encontré en el medio nacional lo que se hallaba en él latente aguardando ser puesto al servicio del Gobierno.

Así hemos hecho las obras materiales y las obras culturales. Las hemos realizado con los propios re-

cursos y esa es la clave de la portentosa transformación operada en el País. Las obras anteriores a los dos últimos decenios las hacían los gobiernos con empréstitos ruinosos y lesivos de nuestra soberanía, mientras que las grandes realizaciones logradas desde 1930 hasta la fecha, apoyáronse en la creciente economía nacional dentro de una atmósfera de absoluta independencia financiera.

La Ciudad Universitaria, una de las mejores en su género en opinión de propios y de extraños, era parte de mi política docente en los comienzos de mi administración. A su realización debía preceder el conjunto de establecimientos docentes primarios, secundarios y vocacionales que en número considerable funcionan hoy en el País, y de modo especial, la gran cruzada alfabetizadora que por el lazo de las primeras letras ha unido tanto como las carreteras todas las regiones del País.

*Espíritu democrático imperante en
nuestra Universidad*

Vuestra consideración respecto de la liberalidad de nuestro centro máximo de estudios para abarcar en su seno a toda clase de estudiantes en una cabal y racional ausencia de prejuicios —gracias a lo cual ricos y pobres forman su discipulado y se confunden en sus aulas, en fraternal camaradería, individuos de diversas procedencias étnicas y sociales— es una relevante muestra del espíritu democrático prevaleciente en ese centro de alta cultura al revés de tantos otros

similares que sólo acogen a los vástagos de las clases privilegiadas.

No sería democracia que la chispa del talento surgido de las masas con energía de vocación para abrirse camino en el campo de la inteligencia se viera condenada a no pasar de la enseñanza media con destino a la universitaria por estarle vedado a consecuencia de barreras entorpecedoras y absurdas.

De la cantera popular de donde han salido y salen de continuo ánimos valientes para la carrera de las armas, no podía dejar de abrirse paso el buen muchacho con una estrella en el alma, demandando espacio para acabarse de pulir y darse por entero al servicio de la Patria.

Misión de nuestra Universidad es, dentro del propósito dominicanista que en consorcio con lo universalista ha de tener el perfil de los estudios en el País, el patriótico fin de responder a la necesidad de un mayor poder de riqueza nativa con la mira a enraizar el capital propio en nuestro medio, evitando así la criolla subordinación al capital extraño, las consecuencias de lo cual son bien funestas. Uno y otro pueden concurrir, en armónico equilibrio, a la economía de la Nación. Por carencia de ese factor cívico necesario en la vida del Estado dominicano por cerca de tres cuartos de siglo, sobreviniéronle, en unión de otras causas, vicisitudes históricas que menoscabaron su soberanía.

Finalmente, creo que sobre el interés profesional como objetivo de la mente, hay un interés más íntimo traducido en profundo amor a la verdad cien-

tífica con jerarquía de virtud social; que profesionalismo y humanitarismo deben armonizarse en la noble tarea del estudio, para que de las aulas de donde han de salir preciados títulos académicos, salgan también valores de pensamiento y de conciencia como base de la función cívica y humana propia de estos centros del saber.

Al agradeceros este homenaje de amor y de fervor lo recibo como hecho en mi persona a la Patria misma encauzada hoy por nuevos rumbos y de la que sois vosotros excelentes hijos de quienes espera ella sazonados frutos de bien y de progreso.

